

# EL PERÚ, LIMA Y BELAÚNDE

LEOPOLDO ZEA,  
*de la Universidad Nacional  
Autónoma de México*

## I

CORRÍA EL MES de julio de 1945, y con él se avecinaba el cumplimiento de un viejo sueño peruano: el de la incorporación del Perú a la patria, que celosamente se atribuía la capital de este pueblo: Lima. La Alianza Popular Revolucionaria para América, cuya sigla era APRA, venciendo despiadadas persecuciones había triunfado al permitirse al pueblo peruano expresar su voluntad en recientes elecciones. Se presentaba la soñada oportunidad para que el líder de ese popular movimiento, Víctor Raúl Haya de la Torre, hiciese realidad el mundo prometido en su doctrina indoamericana. El triunfo del APRA era el triunfo del Perú sobre Lima. La Lima virreinal ajena al mundo de que era centro. Cerebro sin nervios cuyo orden se apoyaba aún en una absurda y anacrónica división de castas: criollos, cholos, indios; el viejo orden colonial todavía vivo. Era el Perú entero, con sus múltiples y lejanas provincias cuyos nombres eran la resonancia del olvidado mundo indígena y mestizo del que nada se sabía o se quería saber, el que se lanzaba a la conquista de su capital y, con ella, del poder que hiciese posible una sola y única nación, la peruana sin más.

En lo alto, desde las alturas en las que Lima medía al resto del Perú y a sus hombres, se observaba con sorpresa este todavía no comprendido triunfo de una masa a la que se le había regateado, una y otra vez, la calidad humana. Desde San Isidro, Miraflores, Chorrillos y otros barrios elegantes en los que habitaba la clase limeña, que se consideraba como la más alta, se observaba a los representantes de la

rebelde masa; la vieja aristocracia criolla y la nueva aristocracia de la banca, la industria y las finanzas miraban con recelo lo que parecía ser el desborde de un mundo que por cuatro siglos habían mantenido en sus fronteras. Viejos señores de viejas familias, cuyos nombres recordaban a alguno de los grandes capitanes de Pizarro, al lado de nuevos señores de nuevas familias, que habían hecho su fortuna explotando grandes latifundios o multiplicando sus ganancias en el tipo de especulaciones que les permitían los dueños y señores de las mismas, los representantes de la gran burguesía occidental, de la cual los latinoamericanos no eran sino simples amanuenses, se mantenían a la expectativa esperando la oportunidad de regresar el golpe y volver a los invasores a sus fronteras.

La aristocracia limeña, los diversos señores de la tierra, la banca, el comercio y la industria peruanas, no tardarían mucho en ver cómo la ola se detenía y disolvía, o al menos así parecía, sin grandes esfuerzos. La disolución la llevaban las ambiciones de los líderes de la masa que les había dado el triunfo. Triunfantes los apristas, al igual que otros muchos grupos revolucionarios en esta América nuestra, su principal preocupación no fue ya realizar los sueños por los que habían sufrido cárceles, persecuciones, destierros, y hasta muertes, sino mantenerse en el poder tan difícilmente alcanzado. Una lógica irrefutable parece justificar esta actitud, repetida una y otra vez en Latinoamérica: sólo el poder permitiría crear el horizonte de posibilidades de esos sueños e ideales. Y era este poder, la lucha por su mantenimiento, el que aplazaría, una y otra vez, la realización de las metas que habían justificado su logro. Esto sucedió al APRA que aplazó la realización de las metas ideales para mantenerse o buscar, desde entonces, el poder por el poder. El poder político, con todas sus posibles expresiones y combinaciones en un juego en el que la única meta fue, pura y simplemente, el mantenimiento de ese poder. El APRA, con la mayoría que le habían dado las masas en la cámara, actuó, no ya en función peruana, sino simplemente aprista, esto es, partidarista, haciendo sentir la fuerza de esa mayoría, no a la oligarquía

contra la que había combatido en el pasado, sino a otros grupos políticos que con él habían arribado al poder. Desde las cámaras, en función simplemente de política partidaria, obstaculizarían al Presidente de la República al que había dado su apoyo en las elecciones, al Dr. José Luis Bustamante y Rivero. ¿Se aspiraba al poder total? ¿Al poder que permitiese el cumplimiento de los programas que habían atraído a las masas peruanas y aspiraban llevar a toda Indoamérica? Es muy posible. Pero lo cierto es que se estaban creando, ofreciendo, los pretextos que buscaba la oligarquía y su servidor el militarismo, para poner fin al desbordamiento que había alarmado a la aristócrata Lima. La acción del Ejecutivo bloqueada por las cámaras bajo control aprista, ofrecía el pretexto para intervenir y poner fin a lo que ya se presentaba como anarquía. En el año de 1948, Bustamante Rivero, disolvió las cámaras hostiles a su gobierno; pero al mismo tiempo las fuerzas armadas, encabezadas por Manuel A. Odría, pusieron fin al gobierno constitucional del Presidente Bustamante. El sueño democrático terminaba: una nueva dictadura, militar-oligárquica, substituía a la democracia peruana. La ola que parecía haber bajado de todo el Perú para incorporar a su capital y hacer de ella una sola unidad nacional, se disolvía. Cholos e indios quedaban, como siempre, mudos en su viejo mundo.

Manuel A. Odría —una vez más el cuartel sobre la nación—, se encargará de mantener el orden amenazado. El aprismo pasaba nuevamente al exilio y la clandestinidad; su líder, Haya de la Torre, se sostendría en un largo y penoso asilo en la embajada de Colombia sometida a sitio permanente. Lima, mientras tanto, se mantendría fría, quieta, despreocupada, ajena, como siempre, al sistema nervioso, a la nación, de la que se le suponía cerebro. Los viejos y nuevos señores de la todavía capital virreinal mantenían los muros que separaban a ésta del Perú. Los Prado, Osma, Larco, Beltrán, Pareja, Paz-Soldán, Basurto, Alzamora, Miró Quesada, Leguía, Belaúnde y otros muchos más seguían siendo las familias más distinguidas y ajenas al mundo del que eran rectores. Los intelectuales limeños, se mantenían, por su lado,

igualmente ajenos a ese mundo preocupados más por las últimas expresiones del arte abstracto, la filosofía pura y las más novedosas expresiones de la literatura europea. Tan sólo la presencia, como en la Peña "Pancho Fierro", del arte autóctono, el folklore peruano y las figuras de dos grandes artistas José Sabogal y Julia Codesido, parecían romper esa tendencia, pero siendo aún exóticas en la Lima del largo sueño virreinal.

El Perú, sin embargo, no dormía; pronto nuevas expresiones de su despertar obligarían a la dictadura oligárquica y militar de Odría a permitir elecciones libres y, con ellas una nueva expresión de la voluntad popular. El APRA, purificado por los nuevos exilios, persecuciones, prisiones y clandestinidades, volvería a ser en parte la esperanza, ya una vez defraudada, del Perú exilado de Lima. En parte, porque a su lado surgirían nuevos partidos animados por preocupaciones semejantes, como Acción Popular, o con un sentido de justicia cristiana como Democracia Cristiana, al lado, igualmente de partidos extremistas de orientación comunista. El APRA, con una gran fuerza, aunque consciente de que esta fuerza no le daría la mayoría absoluta para gobernar, buscó, volviendo a hacer pura y simple política partidista, esto es, la forma de negociar esa fuerza con el grupo que garantizase, no ya el cumplimiento de sus programas sociales, sino el poder político que le correspondía en función con la fuerza que representaba. Allí estaban, por un lado, Acción Popular, con doctrinas y programas semejantes y, por el otro, la vieja oligarquía apoyando a uno de sus más destacados miembros y antiguo enemigo del aprismo, el ex presidente Manuel Prado Ugarteche. Éste, apoyado por sus antiguos perseguidos, tomaría, constitucionalmente, las riendas del Perú. Una vez más el Perú quedaba fuera de los muros de Lima. Los viejos y nuevos señores de la ciudad virreinal mantenían su dominio. Un dominio, en esta ocasión, paradójicamente apoyado por las masas cuyos votos habían sido negociados por el APRA. El oligarca Manuel Prado, representaba la voluntad mayoritaria de un pueblo que una vez más quedaba fuera de la supuesta nación. El APRA, vieja esperanza de

la incorporación del Perú a Lima, al negociar esta esperanza hacía entrar al Perú en Lima pero con el carácter de servidor. La presencia del APRA en el nuevo gobierno oligárquico daba a éste la justificación nacional que antes le había negado o regateado.

Desde Lima, la nación entera sería gobernada por Manuel Prado, Presidente constitucional y representante de grandes y poderosos intereses económicos; por Pedro Beltrán, dueño de *La Prensa*, Primer Ministro y Ministro de Hacienda, igualmente representante de los intereses de la vieja y nueva oligarquía con sede en Lima; y como contrapunto, el APRA y sus dirigentes dando al sistema la justificación popular que de otra forma le habría faltado. La oposición a este extraño contubernio señalaría pronto lo que parecían características del mismo: política de beneficio para la oligarquía y los grupos capitalistas y entreguismo a intereses extraños, especialmente estadounidenses. El APRA, de pretensiones no sólo peruanas sino indoamericanas, seguía hablando de anti-imperialismo, sólo que, en esta ocasión, al decir de sus dirigentes, la amenaza imperialista no provenía ya de los Estados Unidos, sino de Moscú y el comunismo. Era el comunismo el imperialismo del cual deberían salvarse las naciones indoamericanas. Frente a este imperialismo, el yanqui resultaba el mejor aliado. Y comunismo vendría a ser cualquier expresión reformista, social, que alterase no sólo los intereses del viejo imperialismo estadounidense, sino los de la oligarquía en el poder apoyada constitucionalmente por las masas apristas. Y esto se sostenía mientras en Mar del Plata los Estados Unidos hablaban de un nuevo plan para frenar al comunismo, un Plan que pusiese fin a las causas que justificaban su expansión en Latinoamérica: la Alianza para el Progreso. Plan surgido frente a los sucesos de Cuba y el castroismo. Un Plan encaminado a realizar pacíficamente la revolución que justificaba la intervención del comunismo en esta América, revolución pacífica, al decir de su autor, el Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, John F. Kennedy. Alianza, ayuda de los Estados Unidos a Latinoamérica, para que cada uno de sus países pudiese realizar la

revolución social que dejase sin justificación la intervención comunista. Reforma agraria, seguridad social, ampliación de la educación de masas, reparto más equitativo de sacrificios y beneficios sobre un nuevo sistema de intervención fiscal en ganancias que hasta ayer sólo beneficiaban a una minoría latinoamericana. Ayuda norteamericana que sería vista por los representantes de la oligarquía limeña, con gran escándalo nacional e internacional, como un nuevo y pingüe negocio cuyos intereses se atrevieron incluso a calcular.

La oligarquía, apoyada por el APRA, fue pronto acusada por la oposición de entorpecer la solución de dos grandes problemas para el desarrollo futuro del Perú: la Reforma Agraria y la reivindicación de los derechos de la nación sobre la explotación del petróleo. La solución del primero iba siendo aplazada día a día con diversos pretextos, como el de la necesidad de hacer previos y serios estudios científicos y técnicos que tardarían los años que se considerasen necesarios para olvido del asunto. Respecto al segundo, el petróleo, su nacionalización era mostrada como contraria a los intereses nacionales por antieconómica e inoportuna. Para justificar esta actitud se hablaba del fracaso de la nacionalización del petróleo en México. De acuerdo con esta idea en julio de 1959 se expidió un nuevo decreto que facultaba al gobierno para formalizar nuevo contrato con la International Petroleum Company, filial de la Standard Oil, contrato que entregaba a sus explotadores los yacimientos petroleros de La Brea y Pariñas. Como reacción surgió el Frente Nacional de Defensa del Petróleo que unificó diversos grupos y organizaciones políticas nacionalistas. De una manera u otra el Perú se hacía oír y amenazaba a la todavía ayer segura y confiada oligarquía limeña.

## II

Lima, cerebro desligado de sus nervios, empezaba a sentir los llamados de ese mundo que le había sido hasta entonces ajeno. El cerebro sentía ya sus nervios y éstos le enviaban dolorosos, angustiados mensajes. Fuera de la capital, empe-

zaba a comprenderlo, en lo alto de las montañas, al norte y al sur se agitaba el mundo que inútilmente había tratado de olvidar. Las múltiples miserias de los pueblos más allá de Lima servían de acicate al Perú entero que despertaba de su letargo. Miserias que eran, a su vez, aprovechadas por demagogias que veían en ellas la oportunidad para intervenir como se interviene a pretexto de todas las miserias del mundo para acrecentar el campo de acción de la llamada guerra fría. Lima esperaba, en cualquier momento, el desbordamiento del mundo por ella puesto al margen. Un desbordamiento brutal, sangriento. Una revolución popular que hiciese pagar a la capital todos sus olvidos. Desde lo alto bajarían los Tupac Amaru reclamando viejos y nuevos agravios a su dignidad de hombres. Las silenciosas sombras que parecen poblar los Andes se transformarían en feroces jueces y verdugos de errores que no han sido olvidados. En los lujosos clubs de las laderas de Chosica, a unos cuantos minutos del húmedo invierno de Lima, a donde se asolean los jefes y miembros de las destacadas familias limeñas que rigen al Perú, se hablaba, ya desde 1961, de la próxima revolución popular. Y se hablaba en tono de resignación, con la resignación del que se sabe culpable y acepta la ruda reparación de esa culpa. Un día, cada vez más próximo, bajarían ignorados hombres y arrasaría todo ese mundo ya sentido como artificial. El hombre, el hombre sin distinción racial, económica, social y cultural, estaba allí arriba, amenazante, dispuesto a hacer reivindicar su ser con las armas que fuesen necesarias.

De este hombre habla Francisco Miró Quesada, miembro de esas destacadas familias limeñas conscientes ya del mundo que se agitaba fuera de la capital. Un intelectual, un filósofo, que había manejado la idea de hombre, como una abstracción más entre otras muchas, y que ahora se tropezaba con el hombre sin más. "Porque se habló del hombre —dice—, pero el hombre fue considerado como una idea, surge ahora como una realidad amenazante. Porque se creyó que bastaba hablar de amor por los hombres para amarlos, nos encontramos hoy con hombres de carne y hueso, que no nos aman. Nos encontramos con el hombre de la comunidad y

de la pugna, con el hombre de la barriada y del tugurio, con hombres que exigen y amenazan, aquí, allá, a nuestro lado, frente a nosotros". Nueva conciencia que originaría, no ya la pasividad y resignación del que se sabe culpable, sino la acción reivindicatoria, no ya a favor, sino al lado del hombre que reclama sus derechos. Así, al lado de la resignada actitud, originada en un complejo de culpa, surgirá la actitud constructiva, de participación, de colaboración, en las urgentes tareas sociales reclamadas por el Perú. No se trataba ya, de esperar a que bajasen de las montañas indios y cholos convirtiendo a Lima y al Perú entero en una gran hoguera. No; de lo que se trataba ahora era de actuar y luchar al lado de ese pueblo en sus esfuerzos por acabar con sus milenarias miserias. No más abstracciones que eludían la realidad y justificaban su olvido. No más hablar de revoluciones abstractas, sino concretarlas entre los hombres que las estaban originando. Miró Quesada hablaba también de esta abstracción en trágica relación con la nación dividida: Perú, Lima. "Se realiza así —dice— una revolución abstracta, se crea un país abstracto, un gobierno abstracto, todo en función de un hombre abstracto". Esto había sido Lima en relación con la nación peruana. "Nuestra realidad en *ab initio*, una realidad desgarrada, una realidad escindida en dos porciones, una pequeña, luminosa y llena de palabras sonoras y otra inmensa, sombría, silenciosa. Un mero espejismo en el centro de un páramo sin fin". Perú y Lima eran un solo y único pueblo que debería empeñarse en una sola y única lucha, para una sola y única solución, la nacional. Allí en la historia se podía perseguir la causa de sus males y el origen de esa absurda división que había que eliminar. "Por haber sido el Perú —agrega Miró Quesada— el país de la dominación española, sus estructuras sociales fueron las más rígidas. Y por haber sido las más rígidas, el movimiento de la Independencia las dejó casi intactas. Y por dejarlas casi intactas, es que hoy la presión es de fuerza aterradoras". Centralismo que originó la doble realidad y el olvido de la parte principal de ella. "Nuestro país en realidad no era uno sólo, sino dos países. Todo lo que nos habían



dicho sobre el Perú, sólo era válido para una pequeña porción de nuestra Patria. Lo demás se perdía en la bruma de lo desconocido. Nuestra realidad era un desgarramiento y su solución era una sola: la reconciliación. Mientras el Perú no fuera capaz de unificarse, mientras no fuera capaz de sobrepasar la ruptura entre el minúsculo grupo de privilegiados y la mayoría explotada, mientras no fuera capaz de reconocer al hombre en el indio, sería incapaz de ser sí mismo y de contener la presión estructural que comenzaba ya a sofocarlo". Integración de Lima al Perú, será la fórmula de la generación, el grupo intelectual del que será portavoz el joven filósofo peruano de Lima. "Si el desgarramiento —agrega— consistía en el desconocimiento del ser del indio, la reconciliación tenía que consistir en una afirmación del ser del indio. No para negar el ser del blanco, no para rechazar los grandes y eternos valores heredados de la cultura hispánica y occidental, sino sencillamente, para integrar lo que desde el comienzo había sido separado".

Se realizaba una extraordinaria inversión por lo que se refiere a la unificación de Lima y el Perú. Perú iba a dejar de ser la amenazante sombra que castigaría a Lima. El desbordamiento una y otra vez atajado iba a carecer de sentido al ser Lima la que se entregase al Perú, al ser ella la que se fundiese en esa parte de un ser único que era la nación peruana. Otros muchos limeños, otros muchos peruanos, conscientes de su realidad, iniciarían la lucha interrumpida una y otra vez. No era ya el Perú el que conquistaría a Lima, sino Lima la que se entregaría al Perú. La capital, el cerebro, se incorporaba por sí misma al cuerpo y sistema de que era ineludible parte. ¿Cómo iba a ser posible esto? En el horizonte se perfilaba ya desde 1956, la esperanza de esta posibilidad. Algo que pudo haber sido y no quiso ser el APRA, lo fue el Partido Acción Popular, y un líder, el líder que no supo ser Víctor Raúl Haya de la Torre, el arquitecto Fernando Belaúnde Terry. Limeño también, entroncado con una conocida familia arequipeña, pero, como todas las grandes familias peruanas, asentada en Lima, Fernando Belaúnde daría a Lima la doctrina política para la incorporación de

Lima al Perú, para la conquista del Perú por los peruanos. El líder había surgido, el líder de una parte del Perú desde la cual aspiraba a ser de su totalidad. El líder que habían de seguir los que como él, ya fuesen de Lima, Cuzco, Arequipa, Ayacucho o de cualquier otro trozo del Perú, habían tomado conciencia de la totalidad nacional. En este sentido se expresa Francisco Miró Quesada, también limeño, al hablar de los intelectuales peruanos que como él, tropezaron con el líder que coincidía con las preocupaciones de unidad nacional peruana antes expuestas. "Nosotros —dice— descendíamos de lo humano hacia la praxis política. Belaúnde ascendía de la praxis política hacia lo humano. Nos habíamos encontrado y era imposible no seguirlo. Y así como nosotros lo encontramos otros intelectuales que se afanaban por restañar el desgarramiento inicial, también lo encontraron. Y también tuvieron que seguirlo; y el pueblo lo encontró y lo siguió, y lo llevó al triunfo. Fernando Belaúnde Terry ha unido en torno de su figura a los intelectuales y al pueblo. Por eso el Perú está en marcha. Nada ni nadie podrá detenerlo".\*

### III

Regresemos a la agitada historia del Perú contemporáneo en medio de la cual surge Acción Popular y su líder, Fernando Belaúnde. El golpe militar de Manuel A. Odría había puesto fin, en 1948, al sueño democrático de un pueblo. La política partidarista del APRA frente al presidente constitucional José Luis Bustamante Rivero, había provocado la división entre el poder legislativo y el Ejecutivo ofreciendo el pretexto a los militares de Odría para destituir al Presidente y desatar nueva persecución contra el APRA. La Junta Militar, encabezada por Odría se mantuvo hasta 1950 en que unas amañadas elecciones harían del dictador un presidente electo. De allí hasta 1956, año en el que la ola antimilitarista ha cundido por Latinoamérica, destruyendo varias dictaduras semejantes a la peruana. Inteligentemente Odría

\* Francisco Miró Quesada, *La ideología de Acción Popular*.

permitió elecciones que le dieron oportunidad de retirarse elegantemente y con posibilidades para regresar a la vida política de la nación por vías constitucionales. El APRA vuelve a resurgir de lo que parecían ser sus cenizas. Haya de la Torre puede abandonar la embajada de Colombia y actuar, nuevamente, con la fuerza política que le ha dado la última persecución. Pero ya no está solo, las viejas banderas de esperanza del Perú se las disputa otro joven líder, líder que ha aprendido mucho del APRA y le señala ya sus claudicaciones: Fernando Belaúnde Terry. Las masas apristas pueden intervenir políticamente, pero no tener su propio candidato presidencial. Saben que su apoyo inclinará la balanza del triunfo. El más cercano a su ideología lo es, esto quedaba fuera de discusión, Belaúnde. Frente a él está otro candidato, el oligarca Manuel Prado Ugarteche, viejo enemigo del aprismo. Una vez más se impondrá la política partidarista del APRA y con ella la ya señalada alianza entre la vieja oligarquía limeña y los grandes intereses imperialistas. Belaúnde Terry está derrotado, pero por un pequeño margen y utilizándose todas las armas posibles de coerción y fraude. Fue en esta campaña donde Belaúnde avanzó empuñando una bandera peruana hasta el Palacio de Gobierno y exigió su inmediata aceptación como candidato, la que injustamente se le había negado. Gases, golpes y manguerazos de agua no impidieron su llegada a la puerta de Palacio y con ella su exigencia pública: "Doy media hora de plazo para la inscripción de mi candidatura". Belaúnde perdía ante la maquinaria oligárquica respaldada por el APRA; pero surgía un nuevo líder nacional y con él un nuevo partido, Acción Nacional.

Ya tenían enfrente la oligarquía y el APRA, un insistente opositor. En 1962 nuevas elecciones en las que el APRA, apoyado por el gobierno de Manuel Prado, podía lanzar la candidatura de su líder, Víctor Raúl Haya de la Torre. Y frente a ella, otra vez, Manuel A. Odría, buscando volver constitucionalmente al poder. Y frente a ambos Acción Popular, lanzando por segunda vez la candidatura de su líder, Fernando Belaúnde Terry. Otra vez parecía repetirse la his-

toria de amañamientos y fraude desde el poder. La mayoría oficial la tenía el líder aprista, al que seguía Belaúnde y después Odría. Rápidamente un extraño golpe militar contra el fraude y el rápido repliegue del APRA cediendo su lugar y apoyo a su antiguo perseguidor, Manuel A. Odría. Todo inútil, una Junta Militar destituía al presidente constitucional Manuel Prado y anulaba la selecciones comprometiéndose a convocarlas un año exacto después. ¿Odio al APRA por viejos agravios hechos a los militares? ¿Un militarismo cansado de hacer el juego a la vieja oligarquía representada por Prado? Posiblemente ambas cosas. Lo cierto es que se justificaba al declarar que anulaba unas elecciones que defraudaban la voluntad popular y destituyendo a un gobierno cuyos actos eran contrarios a esa voluntad. Un año después, en 1963, mostrarían la buena fe de esta justificación convocando a elecciones libres en donde volvieron a participar los mismos contendientes: Haya de la Torre por el APRA, aunque ya sin el apoyo del gobierno; Odría con un extraño consorcio demagógico populachero llamado Unión Nacional Odríista y Fernando Belaúnde Terry por Acción Popular, a cuya candidatura se sumó Democracia Cristiana de tendencia social-cristiana. Lima, con sus votos, vino a ser el factor decisivo del triunfo de Fernando Belaúnde y la Alianza Acción Popular-Democracia Cristiana. La hasta ayer despreocupada Lima se mostraba dispuesta a incorporarse al Perú sirviéndolo, siguiendo la doctrina de unidad peruana del presidente electo. Una nueva fuerza política tomaba el poder, una fuerza cuyo indiscutible triunfo es visto por los peruanos como un milagro político. Frente a ella no está sólo la oligarquía que se resiste a ceder en sus intereses, también los grupos que se encuentran escudados en el odrismo y el APRA que parece lleno de amargura y resentimiento frente a un partido que enarbola casi sus mismas banderas y un dirigente que parece dispuesto a realizar su doctrina más que a hacer, pura y simplemente política. Y una vez más la paradoja, una paradoja a la que van acostumbrándose ya los peruanos, la alianza en las cámaras, para formar mayoría, del APRA y el odrismo; la alianza de la apenas ayer víctima con su

verdugo. La alianza del Haya de la Torre, obligado a vivir asilado en la embajada colombiana por el tiempo que duró la dictadura odriista, con el hombre que se negó durante esos años a darle salvoconducto y puso cerco a la embajada. ¿Alianza para frenar, estorbar y anular, si eso es posible, la realización de las metas perseguidas por los nuevos partidos de orientación social? Y en estos últimos meses los peruanos han sido testigos de una nueva y extraña paradoja en torno al problema del petróleo escamoteado en reciente pasado por la oligarquía y el APRA en el poder. Han visto *El Comercio*, viejo enemigo del APRA y de su programa de reivindicaciones sociales, exigiendo la nacionalización del petróleo, frente a los legisladores apristas insistiendo en su tesis de "nacionalización progresiva" con la que se aplazó en el pasado la solución del problema una y otra vez. Pero veamos cuál es la doctrina de Acción Popular y a qué aspira el gobierno de su líder, Fernando Belaúnde Terry.

#### IV

El 28 de julio de 1963, el nuevo Presidente electo, el arquitecto Fernando Belaúnde Terry, recibía, ante las cámaras igualmente electas, el poder de manos de la Junta Militar que cumplía así su palabra de convocar a nuevas elecciones y reconocer al elegido libremente, sin la coerción de que se había acusado al gobierno del caído presidente Prado. En su discurso, dicho de memoria para evitar que de algún modo pudiera filtrarse su plan de acción antes de ser expuesto ante sus enemigos, empezó con las siguientes palabras: "Los últimos serán los primeros... permitidme... que... dedique la majestad de este momento... a la altiva y humilde Majestad de los pueblos olvidados del Perú. Y ese olvido termina hoy, aquí en el Congreso, en el acto primero y trascendental del Gobierno que presido". Con estas palabras se exponía el eje de la doctrina que sostiene Acción Popular. Doctrina de unidad nacional, de acción nacional, de todos con todos, los hombres de la capital y los hombres de los más apartados villorrios peruanos. Los hombres de todo el Perú, el cual

su presidente actual conoce palmo a palmo, inspiran toda esa doctrina que ahora se devuelve como plataforma de acción a la nación entera. Acción Popular, nombre en el que va implícita toda su doctrina. Una doctrina tan vieja como la historia toda del Perú: acción del pueblo para satisfacer todas sus necesidades; doctrina en la que no caben graciosos redentores, pues el único redentor del pueblo es el pueblo mismo. En sus andanzas a lo ancho y largo del Perú, Belaúnde había podido ser testigo de la capacidad de esta acción. Una acción que de transformarse en nacional y planificada, salvaría al Perú entero. Salvación del Perú, por el Perú mismo, sin salvadores que le hiciesen pagar con creces el servicio. ¿Cómo surgió el nombre de la doctrina y el partido ahora triunfante? El propio Belaúnde y sus seguidores lo relatan. “En uno de sus primeros viajes políticos a través de la Sierra —cuenta Francisco Miró Quesada— comprendió que por más capital que recibiéramos del exterior jamás podríamos recibir lo suficiente para pagar todo lo que tenemos que hacer para iniciar el despegue hacia el desarrollo”. En un pequeño pueblo Belaúnde había hecho el cálculo de los fondos que serían necesarios para dotarlo de las instalaciones y edificios más elementales. Eran millones, que multiplicados por las necesidades de todos y cada uno de los pueblos del Perú resultaban sumas fabulosas e imposibles de alcanzar. Fue en Chincheros, en donde vio una serie de edificios recién reparados y varios de nueva construcción. Preguntó quién había hecho la escuela y le respondieron, “el pueblo lo hizo, señor”; quién la iglesia, quién la pequeña carretera, quién cada una de las reparaciones y cada uno de los nuevos edificios necesarios para el pueblo. La respuesta fue siempre la misma: “El pueblo lo hizo”. Allí estaba la solución, una vieja solución que había sido olvidada y que había hecho la grandeza del gran imperio Inca que había abarcado parte de Colombia, el Ecuador, Perú, Bolivia y parte de la Argentina. Un gran imperio que pudo mantener el orden alejando la miseria. Un orden sostenido por los propios indígenas. A esta tradición, que no sería, ya olvidada, se refirió el Presidente electo cuando dijo en el citado discurso de toma de pose-

sión: “¿Qué hizo la grandeza de esta tierra?” Había que volver al pasado y “recoger el mensaje inmortal del Perú”. “Fue la victoria del hombre frente al desafío geográfico, fue la creación de un régimen imperial que se impuso la tarea de sincronizar el crecimiento humano con la expansión agrícola, sincronización que dio como resultado inolvidable el hecho de que en Perú, se acabara el hambre por primera vez y quizá por última. Un país que logró esta proeza, no conseguida en la Europa de conquista, un país que a pesar de su aislamiento pudo formar un régimen planificador justiciero que asegurara a cada ciudadano un pedazo de tierra suficiente para sustentarlo, en un país cuyo mensaje no debe olvidarse”. “Nuestro país debe volver a ser un país planificador, es decir, debe recoger el mensaje que viene de tiempos lejanos y la enseñanza aparentemente novedosa que nos llega del exterior”. La visión de Chincheros había hecho surgir la doctrina y el partido de Acción Popular.

En el libro, *La conquista de Perú por los peruanos* de Belaúnde, en el que se concentra la doctrina de Acción Popular, se dice: “Mucho de lo grande que tenemos se lo debemos a la Acción Popular. Por acción popular llegaron a Sacsahuaman los inmensos monolitos de su triple muralla. Por acción popular surgió una ciudad misteriosa y poética en la cumbre de la montaña y se llevaron catedrales sobre los cimientos de los templos paganos”. Fue la acción de todo el pueblo peruano la que ha hecho posible lo más elevado de su historia, Tupac Amaru, Castilla, el pierolismo y las exigencias de justicia actual. Se hace un panegírico a todo lo que la acción del pueblo logró desde el lejano pasado indígena hasta lo que puede lograr en la actualidad si esa acción es total y dirigida hacia metas mediatas e inmediatas. “Nosotros creemos que aquí —dice Belaúnde— está la gran fuente de inspiración para un gran movimiento político social. Aquí están sus raíces. Sólo falta aplicar al cultivo la técnica moderada. No miramos al pasado por chauvinismo o prurito nacionalista: buscamos su enseñanza”. Y en otro lugar del citado libro, afirma: “Pocas naciones en el mundo tienen el raro privilegio de contener en su propio suelo la

fuentes de inspiración de una doctrina. El Perú es una de ellas. Sin embargo, se ha anatematizado a los que no salimos en busca de filosofías extranjeras, en el vano intento de importar ideas a un medio que hace siglos se distinguió en producirlas". Antes de Belaúnde, sólo un par de hombres había buscado inspiración en ese pasado peruano elaborando sus doctrinas políticas de acción: José Carlos Mariátegui, con su marxismo nacionalista de base indígena y Víctor Raúl Haya de la Torre creador del APRA. El primero no había tenido tiempo de transformar su doctrina en acción; el segundo se había enredado en la política por la política y veía ahora cómo sus viejas banderas le eran arrebatadas por un nuevo y joven líder.

El Perú salvado por el Perú, el Perú conquistado por los peruanos, los peruanos salvándose a sí mismos, vienen a ser la esencia doctrinaria de Acción Popular. Una doctrina que encierra el humanismo de que hablaba Miró Quesada que hace del hombre su propio y único salvador. En el Perú, como en otros lugares de esta América, el hombre por salvar lo es todavía el indio. El indio expoliado una y otra vez. El indio cuyo único aprendizaje ha sido esta expoliación. Una expoliación que le ha trocado en un ente mudo, desconfiado, ajeno a doctrinas salvadoras que no han sido sino formas para justificar moralmente esa expoliación. Pero algo distinto sucede o debe suceder cuando se le hace consciente su propia capacidad para esa salvación. Cuando es él mismo el encargado de conquistar el mundo que ha de estar a su servicio. Cuando se le muestra un extraordinario pasado del que ha sido el motor, la parte activa y decisiva. "Porque aunque en el Perú y en toda América se ha hablado sin cesar del indio desde la Conquista hasta nuestros días —dice Miró Quesada—, y aunque en los tiempos de la República el indio ha sido tema obligado de todo movimiento político, jamás se había utilizado la cultura autóctona como elemento ideológico". Una cultura que muestra al indígena su capacidad para hacer por sí mismo lo que ningún otro hombre haría por él. "El indio deja de ser el minoritario que queremos liberar, el ser disminuido que queremos salvar, para tornarse



elemento activo de la transformación del Perú". Y en este sentido el indio deja de ser indio, el otro, lo distinto, lo que separaba, al fin de cuentas a la virreinal Lima del conjunto de pueblos que formaban el resto del Perú. El indio no es, sino un hombre más, un peruano más entregado en la realización de una tarea común a todos los peruanos, de la capital y la provincia. He aquí el sentido más positivo de la doctrina captada por Belaúnde. "Mientras el indio tenga que ser salvado —continúa Miró Quesada— seguirá siendo indio. Sólo cuando sea también el salvador, habrá dejado de ser un inferior y será plenamente reconocido como hombre. Y a través del Perú como doctrina, el indio es ahora un salvador. El indio es ahora, el hombre que indica el camino. El indio es el hombre cuya situación concreta ha consistido en la negación de su ser hombre, y que ahora, por eso mismo es afirmado. Desde la situación concreta de cada indio, Belaúnde se eleva a la afirmación apasionada del valor universal del hombre. Y por eso la palabra hombre, adquiere, en su mensaje, plenitud de sentido". ¡Los últimos serán los primeros! El hombre del Perú olvidado es llamado para tomar el lugar que le corresponde en una tarea común a todos los peruanos. Por ello se rechaza la burla que hacía algún político contrario al movimiento encabezado por Belaúnde, declarando que si se aceptaba el Perú como doctrina se caía en lo risible porque no había razón para no convertir en doctrina cualquier villorrio o aldea peruana, no había razón para no aceptar Chumbivilcas como doctrina. "Y tiene razón —contesta Miró Quesada—. Quien acepta el Perú como doctrina, tiene que aceptar Chumbivilcas como doctrina. Y también que aceptar a Chachapoyas, Tambopata y Paccaritambo". En fin, a todos y cada uno de los pueblos del Perú, a todos y cada uno de sus rincones por apartados que estén, a todas y cada una de sus experiencias marcadas en la historia, a todos y a cada uno de sus hombres sin discriminación ninguna. Ésta y no otra tiene que ser la doctrina que hace de la acción del pueblo el motor de lo que fue la vieja historia y ha de ser la nueva historia del Perú.

## V

Los principios de la doctrina y lo que ha de ser la política belaundista son resumidos por Miró Quesada así: “la tradición planificadora del Perú, la acción popular y la justicia agraria”. Toda la estructura del antiguo Perú cuya enseñanza se trata de aprovechar se apoyaba en lo que Belaúnde ha llamado equilibrio hombre-tierra. Equilibrio que exige la siempre aplazada reforma agraria que ha de permitir al peruano colaborar en otros renglones del progreso del Perú. La grandeza del Perú le vino de la capacidad de sus hombres, en el pasado, para sincronizar el crecimiento de su población con las áreas de cultivo, de hacer de la tierra un instrumento al servicio de todos los habitantes del antiguo imperio. Esto es lo que había sido olvidado concentrándose la tierra en unos pocos dueños mientras grupos mayoritarios carecían de ellas y, con su falta, de los instrumentos para vencer su miseria y hambre. De allí la urgencia de la reforma agraria y de la ampliación de tierras de cultivo ganándoselas a la geografía por difícil que ésta fuese. “El Perú —dice Belaúnde en su discurso de toma de posesión— debe imponerse de nuevo la fórmula que le dio su pasada grandeza y que le brindara la gloria del porvenir. Debe ser un país constructor de tierra, y en este sentido el próximo régimen se ha impuesto la tarea de mantener crecientes y más productivas las áreas agrícolas, a medida que observamos la explosión demográfica y a medida que recae sobre el Gobierno la grave responsabilidad de alimentar a una población hoy desnutrida, población heredera del mensaje mal aprovechado de nuestra antigua justicia agraria”. En función con esta idea Belaúnde solicitó la creación de un organismo que se avocase la solución del problema de la reforma agraria. Reforma que de inmediato ha sido iniciada, según noticias que se dieron pocas semanas después del inicio de su gobierno. Quince días después, dicen esas noticias, el Presidente Belaúnde hizo expropiar cerca de 80,000 hectáreas que los grupos indígenas disputaban a latifundistas tan poderosos como la Cerro de Pasco Corporation. De esa manera las

comunidades indígenas reivindicaron tierras de las que habían sido despojados en el pasado. Alguna parte del clero peruano, como las autoridades eclesiásticas de Cuzco, han colaborado ya en esa reforma repartiendo tierras de la Iglesia. Monseñor Jurgens ha declarado que entre once y trece mil hectáreas de tierra en esa zona han sido puestas a disposición del gobierno para dar acceso a "la propiedad privada a un mayor número de familias". Acción Popular en la que interviene el propio clero peruano para hacer posible la conquista del Perú por los peruanos, pese a las viejas y naturales oposiciones denunciadas recientemente por el Presidente peruano.

La acción popular implica, desde luego, la participación del pueblo en todos los actos de la nación, entre ellos los políticos. Ofrecer esa posibilidad ha sido también uno de los primeros actos del gobierno belaundista. De aquí que en el citado discurso dijese Belaúnde: "El restablecimiento del fuero municipal es una de las necesidades más urgentes de la República. Es por ello que enviamos proyecto de ley para realizar elecciones comunales en el más breve plazo". Los pueblos deben actuar de inmediato nombrando a sus más legítimos representantes, lo que antes hacía la capital sin consulta alguna a los supuestos representados. Pero hay más, la "Emancipación de los villorrios", como la llama Belaúnde siguiendo al libertador San Martín, debe ir acompañada de medios que permitan su desarrollo e independencia. "Pero el municipio —dice— no puede continuar como ahora siendo un simple símbolo. El municipio debe tener elementos de trabajo y éstos deben ofrecerse en la medida de la capacidad del país". Por ello solicitó al Parlamento su cooperación para "poder mecanizar al país, para poder construir en cada una nuestras provincias centrales de maquinaria y equipos de cooperación popular que estarán, precisamente al servicio de los municipios distritales". Equipos cuya eficacia dependerá de la acción popular que ha de hacer uso de ellos.

Otro de los grandes temas de la filosofía política de Belaúnde ha sido la construcción de caminos. También es en los incas donde encuentra el ejemplo a seguir por los perua-

nos. Los caminos trazados por los incas muestran, a varios siglos de distancia, la capacidad planificadora de los mismos, los que los trazaron de acuerdo con las necesidades del Imperio para mantener su unidad y satisfacer los problemas más urgentes de sus habitantes. Siguiendo ese ejemplo es que propone la construcción de caminos que tengan la misma función. En su libro *La conquista del Perú por los peruanos* vuelve a expresar su admiración por ese pasado que le sirve de modelo diciendo: "Son admirables los puentes prehispánicos como el de Apurímac, que tenía cerca de 45 metros de luz. Pero la enseñanza más fecunda que encontramos en la tradición vial del Perú es su sistema de construcción y mantenimiento de puentes y caminos: lo hacían las comunidades por acción popular". Y es de acuerdo con esa tradición que en el Discurso de toma de posesión establece: "Igualmente, el gobierno se fija un plazo máximo de dos años para que todas las capitales de provincia que no teniendo acceso fluvial, tampoco poseen acceso vial, sean dotadas de carreteras que durante decenas de años han reclamado ante las indiferencias de los Poderes Públicos". Carreteras cuya construcción no recaerá únicamente en el gobierno, sino que en ellas colaborarán los pueblos por acción popular: "Esta tarea —dice— no va a recaer solamente sobre los hombros de los gobernantes. Esta tarea debe corresponder también a los mismos pueblos que, equipados, dotados de centrales de ayuda técnica de maquinarias y de herramientas, estarán en condiciones de hacer la parte que les corresponda en este trabajo. Yo tengo absoluta fe en la capacidad y voluntad de los pueblos, y mi gran anhelo es que este Congreso que se inicia en 1963, vuelva los ojos al pasado y ponga en vigencia de nuevo la ley de la hermandad de que nos habla Garcilaso de la Vega". En el mismo sentido se proyectan construcciones urgentes, como aulas escolares, viviendas y edificios de asistencia social.

Y para que todo esto sea posible, para que se puedan dar a los pueblos los instrumentos más elementales para su acción, Belaúnde establece las condiciones del crédito. "En el plazo de dos años —dice en el citado discurso—, el Perú

debe contar con un sistema hipotecario al alcance de nuestra clase media y de nuestra clase trabajadora. En un mundo donde se proclama la igualdad, no hay justificación alguna para que unos países tengan sistemas crediticios al servicio de las grandes masas... y para que en otros, como en el Perú, se le niegue al hombre pobre el crédito, no sólo para la vivienda, sino para la artesanía, exhibiéndose así un desequilibrio que es una de las expresiones más graves de la desigualdad en que se basa el malestar y todos los peligros que agobian al mundo". El capital debe ser visto en función con las necesidades totales de la nación y encauzado de acuerdo con ellas. "Debemos encauzar los capitales públicos y privados hacia la solución de los problemas sociales más urgentes; debemos hacerlo, como ocurre con la irrigación, cuando a base de gran esfuerzo el caudal natural y fácil de las aguas que se pierden en gran parte en el mar es llevado por obra del hombre a través de túneles y canales a aquellas tierras sedientas que constituirán *habitat* para una gran población". Al igual que se desvían los ríos para crear riqueza, "nosotros desviaremos los capitales mal empleados para crear bienestar para la clase laboriosa".

¿Y en el campo internacional? Pura y simplemente lo que lógicamente se deriva de esa política nacional de Acción Popular. Los pueblos de esta América deben unirse para colaborar, cada uno dentro de sus posibilidades, en una tarea común de beneficio continental. Unificación "para que juntos podamos encarar la tarea de planificación continental, y para que en vez de llevar voces airadas y a veces débiles o impotentes, llevemos la sonora y respetabilísima voz de América toda, para exigir su desarrollo y su progreso". Y es desde este punto de vista que se encara, igualmente, la Alianza para el Progreso, que Belaúnde ve aún como un conjunto de buenas intenciones enredadas en una maquinaria burocrática. La ayuda, si ha de darse, debe ser inmediata y sin tantos estudios. "En las misiones de salvataje no se pueden requerir estudios previos ni muy profundos; cuando un barco se hunde y lanza una llamada de auxilio hay que acudir a prestarle el auxilio, y la mayoría de nuestros pueblos de

América son pueblos que zozobran en la miseria, en la incultura, en la insalubridad, y no es hora de exigir estudios demasiados profundos sino de acudir con el auxilio, que un sentido de solidaridad venga con rapidez y prontitud a poner término a la gran injusticia de nuestro subdesarrollo". Subdesarrollo, sinónimo de explotación de unos pueblos por otros que es la causa principal de la miseria y a la que hay que poner fin si ha de advenir el auténtico progreso. Belaúnde, como los nacionalistas de otros lugares de esta América, considera que es en este renglón de la explotación que hacen unos pueblos sobre otros donde está el centro del problema. Una explotación que debe terminar, que terminando no se necesitará de ninguna otra ayuda por alcanzar el anhelado progreso y desarrollo nacionales. "Si queremos cimentar la solidaridad humana —dice—, ha llegado la hora de implantar una nueva filosofía en la fijación de precios. Deben pasar los tiempos en que se fijan los precios en la medida en que el hombre puede ser sacrificado para producir la materia prima, y en una operación y un planteamiento inverso debe partirse de un bienestar humano elemental para de allí deducir los precios justos, que crearía en el mundo una verdadera fraternidad humana y una verdadera justicia". Esta misma preocupación debe animar a los bancos internacionales de fomento. No más explotación, sino auténtica ayuda aceptando pagar el precio justo de la riqueza y esfuerzo que la extrae y hace posible. Y se llega aquí al "clavo ardiendo" ejemplo de esa explotación a la que hay que poner fin en una auténtica Alianza para el Progreso, el problema petrolero.

El petróleo, problema, como otros muchos, aplazado una y otra vez, es el que encara Belaúnde desde el primer día del inicio de su gobierno: "Señores representantes: el gobierno debe afrontar en el más breve plazo la solución del problema de La Brea y Pariñas. Con sentido de su responsabilidad, buscando la satisfacción de legítimos derechos de la República y procediendo al mismo tiempo con la ecuanimidad que deben practicar las democracias respetables, hemos de convocar a reuniones públicas para tratar de lograr

un acuerdo armonioso con la empresa que explota esos yacimientos; y nos hemos fijado un plazo máximo de 90 días para remitir al Congreso el proyecto de Ley que ponga término a esta delicada cuestión, proyecto de Ley que esperamos pueda ser pública y armoniosamente elaborado, a fin de que el Perú dentro de un clima de paz, de armonía y justicia pueda lograr las reivindicaciones a las que no está dispuesto a abdicar". Puntualmente, el Presidente del nuevo Perú, al pasar los 90 días informó al pueblo y al Congreso que no se había podido lograr acuerdo alguno con la compañía explotadora del Petróleo que se niega a aceptar acuerdo alguno que no sea el que le siga beneficiando en detrimento de los derechos y economía del Perú. Y es en función con este desacuerdo que Belaúnde ha presentado al Congreso una doble solución para que sea éste el que la elija: Nuevo contrato con ventajas radicales para el Perú, o en su caso la "transferencia de las instalaciones" hacia una empresa nacional. La una u otra solución sobre la base de la ilegalidad e invalidez del laudo que dio a la compañía explotadora petrolera un dominio absoluto de esa riqueza. Laudo que eludía, inclusive impuestos fiscales que alcanzan la suma de 75 millones de dólares. La International Petroleum Company, subsidiaria de la Standart Oil Company que compró estos leoninos derechos a la compañía inglesa que los tenía, se niega a reconocer el derecho del Perú a la reivindicación indicada y con ello a un arreglo ventajoso para esta nación y al pago de impuestos que tampoco reconoce, así como se opone a lo que llama eufemismo de la "transferencia" que es, pura y simplemente, nacionalización.

¿Cómo han contestado las cámaras ante esta primera prueba a que la somete el nacionalismo del Presidente Belaúnde? Positivamente; es más, la tímida oposición que podía provenir del bloque APRA-Odría, se ha desvanecido en este caso. La tesis nacionalista no sólo no ha sido rebatida, sino apoyada. El Congreso Nacional, por unanimidad, declaró, el pasado 30 de octubre, nulo el atentatorio laudo. En su artículo único la Ley aprobada por el Congreso a sugestión del grupo formado por el APRA y el Odrismo, dice: "Los de-

nominados Acuerdo, Convenio y Laudo sobre *Brea y Pariñas*, por haber violado los requisitos legales pertinentes, son nulos *ipso jure* y no obligan a la República". Con lo que el gobierno puede ahora dar a elegir a la compañía petrolera cualquiera de las soluciones propuestas. ¿Cuál será el resultado de este gran acto reivindicatorio y social de Acción Popular y su Presidente? Sólo el tiempo podrá decirlo. Lo cierto es que se ve a una doctrina en marcha, pese a los múltiples obstáculos con los que ya tropieza y con seguridad tropezará. El entusiasmo parece contagiar a muchos sectores nacionales peruanos, inclusive a grupos que en el pasado pudieron ser un obstáculo a este tipo de política. Sectores militares, oligárquicos, del clero, burguesía, etc., parecen comprender la importancia de esta política social y nacional. Una política que no se puede seguir manteniendo al margen. El Perú no puede ya estar al margen de Lima y lo que ella representa, una nación. ¿Repetirá Belaúnde y Acción Popular el error del APRA? ¿Se enredarán, también, en la simple lucha por el mantenimiento del poder? Al parecer no, al parecer se está jugando abiertamente ese poder por la posibilidad de la doctrina nacional preconizada. Sólo es de desear que grupos políticos como el representado por el APRA se incorporen a una política y a una acción que tan cercanas se encuentran de la suya.